

ASPECTOS DE NUESTRA NOVELA EN AFRICA

LA novela de nuestros días toma nuevos rumbos, se ha desviado de su antiguo cauce. Así como en la época romántica existió la novela-poema, tipo «Graziella», de Lamartine, en nuestros días existen la novela-ensayo y la novela-reportaje, si bien sobrevive la novela psicológica derivada del realismo en algunos escritores muy recientes.

De la novela-reportaje tenemos ejemplos en las del alemán Remarque, en la «Saga», del brasileño Eurico Verissimo, y en «Week-End a Zuydcoote», del francés Robert Merlé, Premio Goncourt 1949. En España, desde hace varios lustros, cultiva con éxito este género de novela el ilustre escritor africanista Luis Antonio de Vega, cuyas obras completas he leído con atención y conservo en lugar preferente de mi biblioteca. A través de docena y media de libros grandes y en varias docenas de cuentos y novelas cortas, reclama para sí el título de creador del género, puesto que todas sus narraciones están escritas en primera persona, figurando el novelista como espectador y principal protagonista, hasta con su propio nombre de Luis Antonio de Vega.



El simple enunciado de algunos títulos bastará para dar una idea de estas novelas-reportajes que con tanto éxito cultiva: «Por el camino de los dromedarios», «Espías sobre el mapa de Africa», «Yo he sido Emperador», «Mis amigas eran espías», y la que rotulada «Yo robé el Arca de Noé», acaba de publicar —1950— en la Editorial Escelicer. También caen de lleno dentro del género «El Busbir», «Como las algas muertas», «Los que no descienden de Eva» (Premio de Unamuno), «Sirena de pólvora», «La casa de las rosas amarillas», «La disparatada vida de Elisabeth», «Amor entró en la judería», «Chiquita de Bilbao» y «Los hijos del novio», que obtuvo el Premio Africa de Literatura.

Estas novelas-reportaje de Luis Antonio de Vega están bellamente escritas, llenas de encanto poético y esmaltadas de giros orientales, por lo que mantienen vivo el interés del lector, llevándolo de emoción en sorpresa. Lo maravilloso de este literato, dotado de poderosa fantasía y de un estilo adecuado al clima de sus novelas, es que sabiendo el lector desde la primera página que cuanto allí acontece es pura fábula, queda al mismo tiempo convencido, porque la magia creadora no deja resquicio a la duda, de que en todas aquellas aventuras míticas, bordadas sobre el cañamazo de una geografía inventada a ratos, fué actor y espectador el propio novelista. Es posible esta sugestión por el profundo conocimiento —directo, intuído, soñado o libresco, que de todo hay— que Vega tiene de los temas africanos, del suelo y de sus indígenas, de la arquitectura, instituciones, religión y costumbres, hasta el punto de identificarse el autor con las distintas tribus o la estudiantada de El Cairo, a las que se mezcla y en las que convive como un perfecto musulmán, aunque buen amigo de los hebreos marroquíes.

Luis Antonio de Vega es, ante todo, nuestro gran novelista del Marruecos hispano-francés, ya que pinta con vigor periodístico y penetración poética la geografía, los tipos y las costumbres de un mundo en trance de desaparecer. Los libros de este buen literato son sencillamente magníficos, por sus pinturas vivas de los campos, por la descripción colorista de las *medinas* y de los *ghetos*,

por su conocimiento de la historia y de la psicología de dos pueblos profundamente religiosos —el árabe y el judío— que se extienden, en la novelística de Vega, desde la egipcia Universidad de El Azhar a los desiertos arenosos del Sahara Occidental donde los morabitos asfixiantes se dan aire con abanicos de palmeras y templan su sed abrasadora con el agua amarga de los oasis.

La pintura que ahora nos hace Luis Antonio de Vega en «Yo robé el Arca de Noé» del Egipto actual, con su movimiento turístico latino-anglo-sajón y su Universidad de El Azhar, aparte de las consideraciones de orden político y otros órdenes que no son del caso, originales y graciosas como tuyas, es sencillamente encantadora para sus lectores. Vega es un novelista originalísimo, quizás el más original de los escritores que hicieron literatura sobre el mundo musulmán y sobre el mapa de Africa. Su temperamento soñador, perezoso y romántico se desfleca en episodios que a él, tan poco dado a la acción, le hubiera gustado vivir y que imagina que vivió, tan intensamente, con tal potencia creadora, que hace posible el proverbio hindú: «El que se finge fantasma, llega a serlo»; al menos, en el mundo misterioso de la imaginación. Ni Loti, ni Benoit, ni Morand, ni los Tharand le superan en interés narrativo, en la gracia taraceada de los diálogos, en el damasquinado de los tipos que pinta, como esas tres hebreas: Noemi, Rachel y Lía que el taleb Dris El Araichi atisbaba desde su zaquizamí cairota; como ese impresionante y chiflado Rabí Raul, igual que Mustafá Bakali, personaje inventado para guía e informador del futuro ladrón romántico de los pedazos del Arca de Noé que, como testimonio arqueológico del Diluvio Universal, descansaban sobre los muros sagrados de la Mezquita Kibla. Humor y ternura se ensamban perfectamente en esta magnífica novela de Luis Antonio de Vega, vista e ideada como un maravilloso reportaje que inventó escribir en Elizondo, mientras un terrible temporal iba anegando la tierra con sus aguas. La pintura del escenario diluvial es impresionante, rompiendo la angustia de la tragedia el relato de las animadas escenas en los cafetines del Nilo, la vida en la Universidad del Azhar, la descripción de grupos étnicos en el ejército de

alumnos y las diversas costumbres de los creyentes en Mahoma. Así, prendidos en el interés de los episodios, hasta que brilla el arco iris esperanzador sobre las tierras inundadas.

En «Yo robé el Arca de Noé» Luis Antonio de Vega afirma su fama de ser el mejor de cuantos novelistas contemporáneos, así nacionales como extranjeros, escriben sobre las costumbres hebreo-musulmanas, bordándolas con estilo originalísimo sobre el cañamazo que forman los meridianos y paralelos del Africa y demás tierras del Profeta.

«La Novela Corta»

Esta publicación española, inteligentemente dirigida por su fundadora, Angeles Villarta, una de las más notables escritoras de nuestros días, intenta enlazar literariamente con aquella publicación semanal que se hizo famosa, bajo el mismo título, por el año 1916 y de la mano experta de José de Urquía. Tenía su lista de colaboradores únicos y en ella escribían los más insignes cultivadores de la novela corta, tan digna de atención, tan bella y tan nuestra.

Al precio increíble de una peseta nos ofrece «La Novela Corta» ahora, como entonces, escogidas creaciones de los novelistas de nuestros días. Al llegar a los treinta números publicados, cifra que no lograron muchos intentos anteriores en el género, bien merece esta interesante publicación semanal le dediquemos una glosa en las avisadas columnas de la prensa diaria, para que su mundo poético, fabuloso y deslumbrante de bellezas literarias pueda llegar al mayor número de lectores. Los amantes de la buena literatura novelesca podrán deleitarse en sus páginas y poseer, al mismo tiempo, una colección de relatos cortos de todos los estilos, seleccionados con arte y buen gusto por su inteligente directora.

En «La Novela Corta» encontramos la maestría universalmente reconocida de Pío Baroja, el humor finísimo de Wenceslao Fernández Flórez, la gracia poética de Mariano Tomás, el colorismo africano y peninsular del joven maestro Luis Antonio de Vega, las

ensoñaciones viajeras del gran Federico García Sanchiz, las fábulas medulares del veterano Rafael López de Haro, la suavidad espiritual y el aticismo andaluz de José María Pemán, el romanticismo amable y la sensualidad nostálgica de José Francés, el mundo frívolo y amatorio del ayer apenas esfumado que caracteriza el estilo de Alberto Insúa, el vigor siempre lozano de la prosa cincelada de Tomás Borrás, la risa jocunda de Enrique Jardiel Poncela y la agilidad periodística de Angeles Villarta, Francisco Serrano Anguita, Luis de Armiñán, Alfredo Marquerie y Ernesto de Guzmán, a los que seguirán otros autores amenos y de reconocido mérito literario.

Deseamos largos años de vida a esta novela corta cargada de belleza para bien de las letras españolas.

Bordonau y la Cultura Nacional

El Ministerio de Educación Nacional muestra un notable empeño en crear el mayor número posible de bibliotecas en toda la periferia española, red de cultura que se extiende cada día más a través de las provincias hispanas bajo el impulso ordenador de don Miguel Bordonau Más, como director general de Archivos, Bibliotecas y Museos, además de presidente de la Junta de Adquisición y Distribución de Publicaciones. Bordonau labora incansable por la cultura nacional y es honra del Cuerpo facultativo a que pertenece.

Precisa, para conocimiento nacional y estímulo ejemplar en las nuevas generaciones, traer a las avisadas columnas de la prensa diaria su ficha biográfica. Es valenciano, nació en la hermosa ciudad del Turia el 21 de marzo de 1901, haciendo con brillantísimas notas todo el Bachillerato y su Licenciatura en Filosofía y Letras, con premio extraordinario, sección de Historias.

Nació en el seno de una familia hidalga, pero no rica, por lo que tuvo que hacer inmediatamente oposiciones que ganó, ingresando a los veinte años de edad, ahora hace veintinueve, el 26 de julio de 1921, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliote-

carios y Arqueólogos. Su hoja de relevantes servicios nos dice que de 1921 a 1923 fué jefe del Archivo de Hacienda en Murcia. Seguidamente, fué destinado al Archivo General de Simancas, ascendiendo a director del mismo en 1926, cargo que desempeñó hasta el año 1931, advenimiento de la funesta República, siendo trasladado a la Biblioteca Nacional de Madrid.

Hombre de acendrado patriotismo y de inteligencia clara, cualidades puestas la servicio de una vastísima cultura, mereció ser nombrado secretario particular de don Miguel Artigas —su ilustre antecesor en el cargo— al terminar el glorioso Movimiento Nacional. Artigas se dió cuenta en seguida de los extraordinarios méritos del señor Bordonau Más, así como nuestro Ministro de Educación, por lo que fué nombrado en 1941, en atención a sus merecimientos, secretario de la Biblioteca Nacional y del Consejo Nacional de Educación en su Sección VI, cargos en los que se distinguió por su celo inteligente y su esfuerzo nunca escatimado.

En carrera ascendente, pasó a ejercer por 1945 el alto cargo de inspector general de Archivos, y unos meses después, por enfermedad de don Miguel Artigas era Bordonau Más el encargado del despacho de la Dirección General. A la muerte de don Miguel le sustituyó como director general de Archivos, Bibliotecas y Museos, alto cargo desde el que no cesa de laborar en pro de la creación de centros de cultura en todas las provincias españolas, debiéndose a su tenacidad el incremento alcanzado en nuestra Patria por la red de Bibliotecas comarcales y rurales.

Aun podríamos añadir que don Miguel Bordonau y Más es un magnífico escritor, al que se deben bastantes libros importantes; que ha hecho viajes científicos por Norteamérica y otros países del extranjero; que está en posesión de varias condecoraciones y, entre ellas, la Encomienda con Placa de la Orden de Alfonso X el Sabio. Tal es, referida a grandes trazos periodísticos, la relevante personalidad del señor Bordonau, persona escogida por nuestro Ministro de Educación Nacional para poner en práctica el deseo expreso del Caudillo de que no haya un solo pueblo sin biblioteca, ni un hogar español al que no llegue el bálsamo espiritual de la cultura.